

LOS CUERPOS DETRÁS DE LA CORTINA ROSADA

Por Yesid Arturo Torres.

Actor de teatro en Barranquilla. Administrador público de la Escuela Superior de Administración Pública. Estudiante de Derecho en la Universidad del Atlántico.

yesidar.torres.rodriguez@hotmail.com

Este sabor a hierro en mi boca es inconfundible, esas “tetitas”... esas “tetitas”, son en definitiva la secularización de mis emociones... En la vernácula interpretación que hace mi mente de ellas, una epifanía nietzscheana que muestra los más puros instintos animalescos de mí... el arte de observar, fraguados instintos para algunos. ¡Observo!, ¡observo!, ¡observo! ¿Pregúntenme si me importa? ¡Claro que no hijo de...! Siempre las había imaginado así, son las tetitas de Andrea que aparecen detrás de la cortina rosada, aparecen ahora justo cuando la noche se hace más robusta, cuando el cielo se va impregnando de un púrpura recalcitrante que no se quiere ir a la más profunda oscuridad del infinito. Me hago dueño de ella, no vayan a creer que me refiero a la noche, no, no, claro que no, me refiero a Andrea. Ciertamente no puedo asegurar que se llame Andrea.

Es decir, tiene tetas de alguien que lleva ese nombre, tetas comunes, mal hechas, hasta podría decirse que mal trechas, sin el mayor esmero para su construcción, con esas particularidades que le hacen llamarse así. Sin embargo, detrás de aquel acto ordinario se encuentra inmerso algo especial, esa majestuosidad que le da carácter al cuerpo femenino.

Por muy feas que sean las tetas de una mujer siempre será mejor la realidad de la fealdad que el engaño de la belleza. Odio las tetas postizas, carecen de alma, son una extensión que no cabe en el cuerpo femenino, la mejor manifestación de la arrogancia de nuestra naturaleza. Esas pelotas se alzan brillantes en el pecho femenino sin el mayor calor, frías de todo placer, modifican la textura de los pezones para convertirlos en dos “culitos” de un par de vejigas de caucho.

Me gustan los pezones de una mujer que sus tetas dicen que lleva un nombre como Andrea con su asimetría perfectamente dotada.

Trato de no cansar mis ojos en el día para poder utilizarlos en todo su esplendor entrada la noche. Ahora me arrepiento de haber malgastado mis ojos cuando joven con tantas lecturas y noches en vela, me encantaría poder volver a los veinte y no permitir que estos ojos viejos fueran tan torpes para poder guardarlos para ti ahora 40 años después, para ti... para ti que no sabes que eres observada, aunque a veces creo que lo presentes. Miras con cierto temor por tu ventana hacia esa profundidad detrás de tu cortina rosada, te resguardas detrás de ella, tu cuerpo aparece en un cuadro sin profundidad. En ocasiones se asoma tu hermana caminando por allí con sus tetas asimétricamente perfectas, danzando para mí. Yo... sabes bien que me escondo detrás de mi ventana bajo la protección de unos vidrios perfectamente polarizados, te observo, te observo, ¡te observo! danzar en tu habitación con la torpeza de un elefante, o peinar tu cabello con la premura de a quien se le ha hecho tarde. He tenido el deseo de salir de estas sombras y observarte sin el mayor pudor y en el mejor de los días lanzarme de ventana a ventana y descubrir ese mundo que se esconde detrás de la cortina rosada.

De día no tengo la más mínima idea de quién eres, no podría reconocerte, solo te conozco sin ropa a veces hasta yo mismo me quito la mía para acompañarte en tu larga noche y danzo para ti con esa torpeza propia de un cocodrilo detrás de las sombras de mi ventana, viéndote detrás de esa cortina rosada.

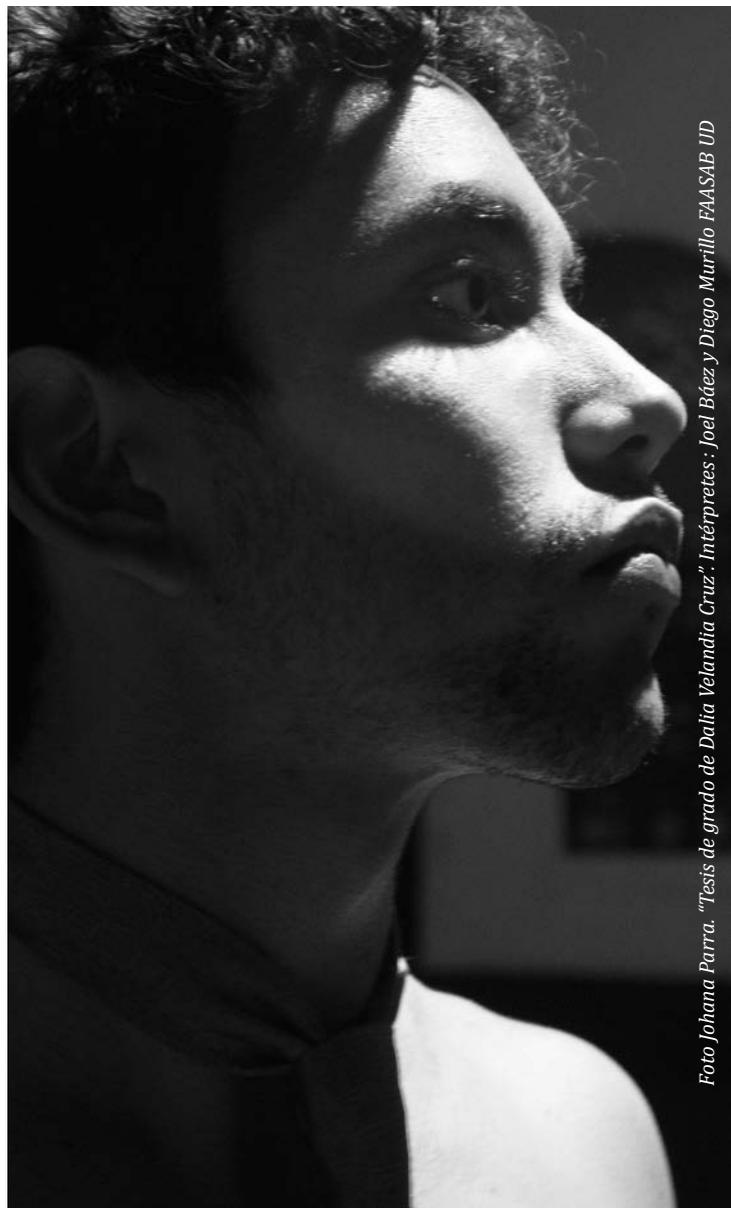


Foto Johana Parra. "Tesis de grado de Dalia Velandía Cruz". Intérpretes: Joel Báez y Diego Murillo FAASAB UD